gendrado sino que procede, y procede no solo del varon sino tambien de la mujer, que amándose produjeron, y es el término de sus amores, que á cada uno de ellos se une, y entre sí los une tambien.

Verémos igualmente sostenida la figura hasta el grado de encontrar en la obra de este nuevo paráclito, una notable semejanza con el Paráclito divino. Si la obra del uno es la innumerable generacion de los hijos de la Iglesia, en la del otro encontrarémos la multiplicada descendencia de que su padre y su madre son, mediante él, los autores. Y hé aquí tambien, en el principio, instalada, por la innumerable generacion que Set dio á los primeros padres, la gran figura de la tercera persona de la Trinidad.

Tal es el lenguaje de la naturaleza que nos habla de la divina Trinidad. Admira encontrar en ese órden visible cuanto el Catolicismo nos ha dicho, y lo ha dicho sin pensar siquiera en lo que la Naturaleza podría ayudarle á conocer á Dios; pues nuestros padres en la fé, al fijar el dogma, ateniéndose á la letra de la Escritura y á los documentos de la Tradicion, han procedido á formularlo con discrecion grandísima, con temor y temblor delante de la Majestad tremenda.

CAPITULO V.

La Encarnacion del Verbo, figurada en la obra del Universo.

Si las obras visibles y naturales del Soberano Dueño, nos enseñan el dogma de su excelsa Trinidad y Unidad, mucho más se prestan á hablarnos de la Encarnacion del Verbo, con voces elocuentes y persuasivas.

Un Dios hecho hombre, el Verbo hecho carne, era ya de verse en el espíritu de Adam, hecho hombre ó unido á un cuerpo. El misterio de un espíritu unido á un cuerpo, palpable á nuestros ojos, preparaba ya la credibilidad del otro gran misterio: el Verbo de Dios unido á un hombre.

Y tan bien lo preparaba, que no pudiendo el género humano por su misma actual condicion de espíritu y cuerpo mortal, ponerse en relacion con el Invisible, se le hacía ya en cierta manera necesario el Verbo hecho hombre. Y tan es cierto lo que decimos, que no bien se predicó el Verbo hecho hombre, el género humano conoció á Dios y se formó conceptos razonables del por qué del Universo y del órden de las cosas invisibles.

Esto es un hecho; y á no creer en la Encarnacion de Dios, ni sabrémos explicar el hombre ni podrémos decir que hay un designio sobrenatural en el Universo visible; ó al ménos vendrémos á sostener que Dios nos hizo presenciar el grande espectáculo del Universo dejándonos á oscuras; y esto sería tan desfavorable á Dios como triste para el hombre, cuando Dios es tan bueno y providente.

Desde luego notamos con Bossuet, que si se ha dicho de Dios para con el hombre «lo crió á su imágen,» de ninguna manera mejor se realiza esta verdad que suponiendo al hombre imágen de Dios Encarnado; y en su lugar harémos ver cuán hermosas figuras respecto de Jesucristo, sostuvo la interesante escena de la creacion de Adam.

Pero nuestro intento es principalmente buscar en el lenguaje de todo el Universo ese dogma fundamental. Dios hecho hombre, es mucho para que la Naturaleza no nos lo dijera; esto por una parte. Por otra: si en la Naturaleza encontramos un designio, una figura que vamos á hacer notar y que solo á ese gran dogma podría ser aplicable, ¿rehusarémos ya nuestro ascenso á la verdad de la Encarnacion?

Pues bien; una figura, un símbolo resalta en todo el Universo: ese amor, ese afecto omnipotente que trae al hombre fuera de sí; dulce vínculo que une á todas las especies; sentimiento grato que ya entristece, ya alegra, ya hace cantar, ya hace suspirar, ya hace gemir á todos los vivientes ¡qué digo! áun á los séres insensibles; porque los mismos valles y desiertos, los montes y los mares, los cielos y los astros, parecen adunar voces á la grande escena de amores que el Universo entero no cesa de ofrecer á nuestros ojos.

Pero ese amor que de preferencia se presta á producir el efecto de gran figura del Verbo humanado, es el amor de los dos sexos; ley inevitable, que atormenta al hombre y le impone casi por fuerza la misteriosa necesidad de buscar esa amable compañera de sus destinos; ley que

ha sabido unir lo más disímbolo, lo fuerte á lo débil, lo grande á lo pequeño, lo alto á lo bajo, lo severo á lo tierno, lo hermoso á lo bello, lo grave á lo gracioso.

Por esa ley los guerreros sueltan las armas, y lo que no pudieron las fortalezas lo alcanzan unos débiles brazos; por ella el rey desciende á la cabaña, ó la humilde esclava se asienta en el trono como reina; por ella el siervo alcanza la confianza de su señor y no es ya siervo sino amigo; por ella el pobre se hace rico y el rico pobre; ella obtiene el perdon para el culpado y apacigua la ira tremenda.

¡Oh! ¿quién no reconoce preparado en esos grandes dramas del amor, en el mundo, al Verbo que desciende del trono de su Padre por amor al hombre, y se hace igual á él y le hace igual á Dios, y aproxima el abismo de lo excelso al abismo de lo humilde, y hace que á la eterna justicia sobrevenga la infinita misericordia? "*Qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cœlis, et incarnatus est.....*"

Es tan admirable la ley del amor, tan satisfactoriamente observada de Dios mismo que la impuso, en la Encarnacion del Verbo divino, que por ella no solo quedó conseguido el fin directo que tiene con nosotros, cual es nuestra salud

eterna, sino que tambien supo realizar cuanto era necesario para que la creacion, la obra de Dios, fuese excelente, y así pudiera el Señor decir de toda la obra lo que de cada una de sus secciones: "y vió que era buena;" fuese excelente, y así de lo criado y de lo increado se formase una gran unidad, Dios y el Universo se uniesen en uno; fuese excelente, y así se aproximase lo grande á lo pequeño, lo fuerte á lo débil; fuese excelente, y así el que era desconocido fuese conocido, el que era bueno se viese que lo era, el que era amable fuese reconocido amable infinitamente.

La Encarnacion, pues, puso la clave de la unidad. Si á la piedra se aproxima la planta por la cualidad comun del crecer, á la planta el animal por la comun del vivir, al animal el hombre por la comun del sentir, el Infinito no podría aproximarse al ser finito, el hombre, por más que este tenga de comun con el Infinito la facultad de pensar, si no fuera por un medio como la Encarnacion, en que una *especie* (ó entidad) nueva se compuso á la vez de hombre y de infinito.

Así es que Dios no tomó un cuerpo porque casualmente ya lo tenía el hombre, sino que al alma humana se le adaptó un cuerpo desde el

principio, con el fin de que el Verbo haciéndose hombre, constituyese el nudo, la unidad de lo corpóreo y lo incorpóreo, y de esta manera se estableciese un Panteismo de buena ley, permitásenos la idea, no el *Panteismo* en la esencia, sino Panteismo en el amor y en una hermosa y ordenada unidad de adopcion divina.

Consecuente el lenguaje de la Naturaleza con el de la Revelacion, no cesan de aproximar el uno al otro lo natural á lo sobrenatural, lo visible á lo invisible. Y tentacion tendríamos de creer que el plan de los Libros Santos y de los grandes sucesos de la Religion del Cristo, eran una obra á *posteriori*, una explotacion de material existente que ofrece la Naturaleza, bien aprovechado y adaptado al fin propuesto, si no viésemos con asombro que los Libros Santos y la obra del Cristo contienen un plan sostenido y desarrollado en el espacio de muchos siglos y á través de intervalos enormes de tiempo, circunstancias que excluyen toda connivencia humana.

Preparando, pues, el gran suceso de la Encarnacion, se han esforzado en desempeñar su cometido, de una parte, la Naturaleza, y de otra, los Libros Santos y los sucesos históricos del Pueblo de Dios.

Los Deistas y los Racionalistas no quieren

ver la armonía de lo visible con lo invisible y, sin embargo, creen en la Naturaleza. Tampoco los judíos la quieren ver y, sin embargo, creen en la Naturaleza y en los Libros Santos de la antigua alianza.

Los Deistas no pueden negar que ya el mundo creyó en la Encarnacion del Verbo, predicada por hombres que en verdad no eran capaces de hacer el bello descubrimiento de aquella armonía; ni pueden negar ser un hecho que la Encarnacion realiza esa armonía. ¿Por qué entónces no reconocen que la Encarnacion del Verbo es una verdad?

Los judíos reconocen que los Libros Santos en su lenguaje están en armonía con el de la Naturaleza, convienen además en que ambos lenguajes deben corresponder á un mismo gran suceso figurado por ellos. ¿Y porqué entónces si este suceso se armoniza admirablemente con las figuras naturales y reveladas, se niegan á creer que la Encarnacion del Verbo es una verdad?

Pues bien, ¡que mayor armonía que la de los amores humanos con el amor de nuestro Dios, que la de esos amores con los amores de los Libros Santos, que la de unos y otros con los amores del Altísimo, del Verbo hecho hombre!

A proporcion que contemplemos cómo el hecho *del amor*, en todas las obras criadas, sobre todo en el hombre, debe encerrar un gran designio, nuestra deferencia, nuestro respeto, nuestra admiracion, nuestra sorpresa por los libros bíblicos irán en creces. Porque el hecho *del amor*, y digo el amor de los dos sexos, es en esos libros constitutivo, esencialmente intencional; miéntras que la hipótesis de la Encarnacion, sublime consorcio del cielo con la tierra, de Dios con la criatura, es por sí altamente digna de un Dios infinitamente bueno.

A proporcion que contemplamos cómo el amor, en la Naturaleza y en los libros bíblicos ofrece grandes semejanzas con lo que el ideal nos dice pudo hacer Dios por nosotros, y que los creyentes del Cristo decimos ser en efecto un hecho consumado, nuestra fé en la Encarnacion se hará natural en cierta manera; y no podrémos ménos de decir al Hijo de María, en los trasportes de quien descubre un inmenso beneficio, como Marta ya para ver resucitar á Lázaro. «O Señor, sí que lo creo, y que eres tú el Cristo, el Hijo de Dios vivo, que has venido á este mundo.»

Es admirable la armonía que guardan los episodios del amor humano con el lenguaje de los

Libros Santos figurando el amor de nuestro Dios, sobre todo en los libros místicos. Jehovah demanda el amor de su Pueblo, pero un amor por el que todo se deje; en el Génesis y bajo la figura de Adan, dirá; «dejará el hombre á su padre y á su madre y se unirá á su mujer» Cuatro mil años despues, disipando la sombra de la figura, dirá Jesucristo: «el que no dejare á su padre y á su madre por mí, no es digno de mí.» Jehovah no solo ama, sino que tiene celos; es un esposo que á su esposa adúltera la echa en cara su ingrata infidelidad. «*Tú has fornicado con muchos amantes*, dice el Señor; *sin embargo, vuelve á mí y te recibiré*,» (1). Sí, Dios la ama todavía, y la ama tanto, que en sus reproches no respira más que el afecto extremo del amante ofendido. Jesucristo perdona á la pecadora María, y se goza en los perfumes con que le ha ungido los piés, y se goza en las lágrimas con que los ha regado, y despacha en paz á la meretriz, y la manifiesta su predileccion.

En el Cantar de los Cantares no se oirán ya más voces que las del amor; ya no hablará sino un esposo á la predilecta de su alma. No se verá más á Jehovah hacer portentos de terror en

---

(1) Jeremías, III.

la tierra y en el cielo, ni humeará el Sinaí entre rayos y relámpagos, ni retumbará en el Desierto la voz de la Majestad que *intima* su amor á los hombres. No así; Jehovah quiso, primero, mostrarnos su grandeza; por eso nos hizo temblar. Pero todo fué porque su amor entrañable se lo aconsejaba. Mas al cabo el tremendo Dios no pudo ya ocultar lo delicado de sus afectos. "Mi paloma, mi predilecta," dirá al alma, dirá á María, dirá á su esposa la Iglesia. Es morena, pero no obstante, el Rey se enamorará de ella y la entrará en su aposento, y la enriquecerá, y la coronará reina, y el Esposo no sabrá cómo requerir al corazon de su escogida para ganárselo y la hablará de aromas y de las dulzuras de la soledad y de la fragancia de los huertos, y cuando la mire en reposo no querrá turbar su sueño."

Los severos judíos, tan acostumbrados al terror, debieron no comprender quizá ese lenguaje tan amable; pero presintiendo de él grandes cosas y elevadísimos misterios, lo comparaban (el libro de los Cantares) al recinto *Santísimo* de su templo. ¡Oh! si creen en el libro, ¿cómo no reconocen que solo el amor del Cristo crucificado puede explicar los tiernos misterios del Esposo y de la Esposa? Solo un Dios que haciéndose hombre murió por la salud del hombre, pudo justificar los deliquios amorosos de aquellos cantares; solo *aquel* que busca la oveja y la carga sobre sus hombros, solo *aquel* que propone la parábola del Hijo pródigo, solo *aquel* que por amor nos convida á comer su carne y su sangre en el Sacramento.

La sublime eleccion de este *tema* de los amores, es de la invencion exclusiva de la Eterna Sabiduría, del amor Infinito. A la vista ha estado siempre el dechado del Universo, el campo de la Naturaleza; abiertos estaban los libros; ¿qué fundador de religiones vislumbró siquiera el proyecto de hacer del amor tierno y apasionado, que es el encanto del corazon humano, el fundamento de su teología, de su moral y de su mística?

El asunto de este Capítulo es inagotable; de explotarle tenemos en todo el curso de estas investigaciones.

CAPITULO VI.

Motivos que presenta la Naturaleza para hacer muy creible el dogma católico de la Eucaristía.

La Encarnacion, la Redencion y la Eucaristía, son los tres aspectos, los tres períodos de la obra completa del amor de Dios á los hombres; faltando alguno de esos tres grandes episodios, el poema del amor divino queda trunco.

Partiendo del principio conocido y lógicamente demostrable: *Dios nos ama infinitamente*, y puesto el hecho de lo que somos: *una misteriosa hipóstasis de cuerpo y alma*, ¡qué razonable es la Encarnacion para que Dios se haga entender y amar de aquel (el hombre) que es cuerpo y espíritu! ¡qué razonable es la Redencion para aquel (el hombre) que no tiene idea del amor sino por el sacrificio! ¡qué razonable es la Eucaristía pa-

ra aquel (el hombre) que ve en el comer y beber, en la comida y la bebida, el medio de unir y asimilar más estrechamente, el medio de vida y de salud, el símbolo más expresivo de la union amorosa!

Que sea, pues, posible y razonable la Eucaristía, nadie lo duda; y así, procediendo á priori, está prevenida la credibilidad. Pero llegar al hecho, demóstrar que ese posible debía realizarse y se ha realizado, supuesta la consecuencia, la lógica de Dios en sus planes y en sus designios hé aquí la tarea que nos incumbe.

Comer, beber, hacer pasar adentro de sí, algo que sastisfaga ese deseo imperioso del hombre, que venga á sostener vida que de otra suerte perderíamos, que produzca en nosotros ese goce de cuyo deseo nadie se exceptúa, misterio es este que por tan comun y diario, tan universal, tan continuado, tan constitutivo en todas las especies vivientes, nos parece una institucion sin designio moral, sin intencion religiosa, sin propósito figurativo, sin más designio, intencion ni propósito que el que pedía la economía de la obra visible.

¿Será así? ¿No es nuestro cuerpo el templo del alma y, confesado áun por los Deistas, el templo de Dios? Y, al que habitó en el vientre

de María, por amor, ¿no ocurrirá habitar en nuestras entrañas? Y, si en poder nuestro estuviese guardar adentro de nuestro corazoná nuestra madre, á nuestra esposa, á nuestra hija, ¿no gozaríamos esa inefable delicia? Y, si de nuestra hija, de nuestra esposa, de nuestra madre supiésemos no solo que mucho nos amaba sino que tambien tenía en su mano todo el poder para unirse entrañablemente con nosotros, para fijar su asiento *materialmente* en nuestro corazon, ¿no veríamos realizado al punto el pensamiento de la Eucaristía? ¡Que se niegue el infinito y tierno amor de Dios á nosotros, que se niegue su grande obra de amor, la Encarnacion, ántes que, aceptado uno y otro, no se proclame el augusto dogma del Cristo Sacramentado!

Semejante á la armonía que existe de parte del hecho visible, diario, universal, incesante del padre, la madre y su hijo, con el dogma de la Trinidad divina; semejante á la armonía que existe de parte del hecho visible, diario, universal é incesamte del hombre *alma y cuerpo*, del amor que une los dos sexos en todos los vivientes, con el dogma del Verbo hecho hombre; tan lógicamente así es semejante la armonía que existe de parte del hecho del comer y beber, hecho diario, universal, incesante y esencial á to-

dos los vivientes, con el dogma del Hombre Dios, hecho nuestra comida y nuestra bebida.

¡Qué correspondencias, qué soberanas coincidencias de los altos dogmas del Catolicismo con la obra visible del Universo!

Aquí la Dialéctica vendrá en apoyo de la fé, ó Dios no tuvo grandes designios sobrenaturales y religiosos en la obra visible del Universo, ó, si los tuvo, esos designios son los que se armonizan con el dogma Católico que les hemos aplicado. Si no tuvo designios de esa categoría, ¿cómo encontrar en Dios la razon soberana, la ordenada subordinacion de sus pensamientos, la magnífica sencillez de sus concepciones que de la Unidad se esparce á la diversidad infinita y de la diversidad se concentra á la Unidad profunda? Y, si tuvo designios de esa categoría, pero no los que aplica á sus dogmas el Catolicismo, ¡qué se nos proponga alguna aplicacion plausible que no sea la Católica!

¿La propondrán los calvinistas para la Eucaristía? ¿Los judíos y los Deistas para la Eucaristía, la Redencion y la Encarnacion?

Acostumbrados la mayor parte de los hombres á ver en el grande hecho del comer y beber un *hecho físico*, sin relaciones morales, sin designio figurativo, juzgarémos tal vez mejor y pensarémos en esas morales relaciones, y tal vez nos causará novedad el *diario hecho* del comer y beber, si nos imaginamos un gentío innumerable de todas edades y sexos, conducido á un desierto estéril en donde se encuentran sin agua y sin pan: allí se verá cuán grande cosa es el comer y beber; allí la multitud descubrirá á través de los azules espacios, á aquel que es el *Padre* de todos los vivientes, á aquel que para tenernos á razon de hijos y, como si dijésemos, á razon de sus pequeños, nos puso en el caso de pedirle «el pan nuestro de cada dia.»

Grande hecho es el comer y beber. Pequeña bagatela, juego sencillo será, si se quiere, el hecho físico, que á no ser por el designio moral y figurativo, importaría poco para la sabiduría y sencillez de obrar de un Dios; pero como una figura y una gran preparacion, el comer y el beber deben encerrar un gran misterio.

Y esto se corrobora con atender á los grandes sucesos de la historia del hombre. ¿Qué quiere decir eso de que la historia del mundo comienza por una escena en que un pequeño manjar, una fruta, decide de la suerte de millares de almas inmortales? ¿Qué quiere decir ese árbol de la vida plantado en medio del Eden? Y, ese *maná* que durante cuarenta años fué el alimento

de una nacion en su mansion en el arábigo desierto, ¿no nos induce ya á creer que otro prodigio mucho mayor del amor del Padre celestial hácia su nuevo pueblo, que serían las naciones de la tierra, había de verse en la plenitud de los tiempos y de la ley, prodigio mucho mayor, pero siempre análogo al que le figuraba?

La Razon y la Revelacion han formado una estrecha alianza y tienen más armonía de la que pudiéramos pensar. Los dogmas revelados deben hacer un reclamo á la obra natural y visible, y á su vez la Naturaleza debe hacer un reclamo á lo sobrenatural.

Más claro: el sencillísimo laconismo de un dogma estupendo; «este es mi Cuerpo» «el Verbo se hizo carne, «el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son un Dios,» sin antecedentes, sin consiguientes, sin ruidosas preparaciones, sin anuncios á voz de *real* pregonero, sin aclamaciones á millares, sin hossanas y cánticos de fiesta solemne, lo repetimos, el sencillo laconismo de una estupenda verdad de fé, intimada sin más ni más, ... sería increible.

¡Cómo Dios, que es tan magnífico, tan glorioso, tan sabio, tan suave, tan insinuante, había de chocar de toda suerte con nuestro modo natural de ver, de creer, de discurrir! ¡A las grandes cosas, grandes anuncios; á los grandes golpes de escena, proporcionadas preparaciones.

Pues, recíprocamente: ¿qué es lo que se anuncia, qué es lo que se figura, qué es lo que se prepara, qué se simboliza, qué es lo qué se pregona con ese órden de cosas de lo visible? ¿Para qué tantos rodeos, para qué tantos sistemas, para qué esa gran máquina, para qué tantos misterios en el órden de cosas que nos asedia? ¿Para qué es ese órden de familia, con padre, madre é hijo, en los hombres, en los cuadrúpedos, en las aves, en los reptiles, en los insectos y hasta en los árboles y en el heno de los campos?

Si no es algo sobrenatural, tan grande como el Dios trino y uno, ¿qué otra cosa importante habrá de figurar ese sistema de trinidad y unidad en todo y por todo?

¿Para qué ese órden de cosas del amor de los dos sexos que se unen, y órden en que entra no solo el hombre sino hasta el animal y la planta, el uno por sentido, la otra por la imitacion mecánica? ¿Por qué el amor en todo y por todo es el gran medio que une lo grande á lo pequeño, lo fuerte á lo débil? ¿Por qué ese misterio de un cuerpo unido á una alma en el ser que llamamos «hombre?»

Si no es algo sobrenatural, tan grande como

003161

el suceso del Verbo hecho carne, ¿qué otra cosa importante habrá de figurarse con esa ley del amor que todo lo une?

¿Para qué ese órden de cosas por el que el hombre, el animal y la planta, á fin de que vivan, han menester de la comida y la bebida? ¿Qué quiere el gran Legislador con esa ley del *hambre* y de la *sed* contínua? ¿Qué figura Jehováh con ese maná que bajando del cielo alimenta á la errante multitud en el Desierto, ántes de entrar en la tierra que mana leche miel?

Si no es algo sobrenatural, tan grande como el portento de la Eucaristía, ¿qué otra cosa importante habrá de figurarse con esa ley que á todo viviente impone la necesidad de comer y beber aquello que le dará vida?

Se dirá, que bastante digna de ser figurada es la palabra y la gracia de Dios, que se asemejan á la comida y la bebida. Pero ¿no están demasiado léjos de la analogía? y, además ¿no reclaman las figuras un hecho que á más de grande sea *sobrenatural* y *revelado* y de una *novedad estupenda*?

Este misterio natural de la comida y la bebida toma un carácter más solemne en lo que llamamos "sentarse á la mesa."

Comer con otro *á la mesa* es la expresion más

simbólica de la cordialidad. Un amigo no nos habrá hecho entrar en su confianza y familiaridad si no llega á convidarnos á su mesa.

En los pueblos salvajes y en los civilizados será un convite, será una sobremesa, la importante formalidad de una bienvenida, de una fiesta, de una despedida. La participacion de un mismo pan y de un mismo vino, es la condicion de union más estrecha en los afectos mútuos que nos unen en familia, en familiaridad, en sociedad.

Desde este punto de vista, el gran misterio de la Eucaristía, tanto en su institucion como en su continuacion hasta hoy, es admirable, es soberanamente admirable, no es una invencion humana. Y, visto ya que ese dogma es un misterio de amor en cuanto á su objeto, véamos ahora cuán excelentes caracteres de divino orígen realzan los episodios de su primera institucion.

Resuelto Dios á dársenos en comida y bebida por su grande amor, resuelto Jesucristo á dar complemento de esta manera á la grande obra de la Encarnacion, eligió para la primera vez de su convite, no el día de su mayor triunfo ni contento, ó el día en que la multitud que le seguía al desierto le vió multiplicar cinco panes y

dos peces, sino la noche misma en que fué entregado, la víspera de su muerte ó, como dijo á sus discípulos, la víspera de partir á su Padre y de separarse de ellos.

Y noten los incrédulos, que al ménos convienen en lo interesante del drama, cómo el supuesto inventor del Evangelio, para decir con esa sublime concision: «este es mi cuerpo, tomad y comed,» no escoge el momento en que la gran multitud en el desierto ha visto multiplicar los panes, que siendo cinco alcanzan para cinco mil hombres, cosa que hubiera hecho un inventor humano; no así, sino el momento de una despedida solemne, la hora de la dulce tristeza, la hora suprema de la amistad. El amigo de los pobres y de los pecadores, el que se llamaba el amante, el esposo ¿de quién? de los humildes, de los castos, de los pacíficos, así debió conducirse, supuesto que era Dios.

¡Qué sublime sentimentalismo! El humanado Verbo, pensativo, triste, y asomando á sus ojos y á todo su semblante mil emociones de un afecto profundo, como de quien sabe que va á dejar para siempre á los que ama, llega con sus doce á la mesa de antemano preparada. «Ardientemente he deseado comer con vosotros esta páscua,» les dice. Se le ve á poco arrodillarse ante ellos

y lavarles los piés; sus discípulos se asombran y resisten, pero El, sin desconcertarse, concluye su acto, ejemplo de humildad, como para preludiar el inaudito favor que iba á seguirse.

Vuelto á sentarse y explicado en parte aquel heroismo de humillacion, ¿qué hubiéramos pensado de él, á no saber ya lo que dijo é hizo? El que así amaba á sus amigos, pasado un momento de elocuente silencio, ¡hubiera prorumpido en llanto!; hé aquí en los dramas humanos lo más patético que se ve y puede concebirse; nuestras lágrimas son la prenda más valiosa que podemos dar á los que amamos, en los momentos solemnes de un último convite, ántes de separarnos para siempre.

No así aquel que es Omnipotente y que descendió de los cielos por amor al hombre. Cuando por el anuncio de no sé qué próxima catástrofe, por la noticia de «ya es tiempo de volver á mi Padre,» «uno de vosotros me ha de entregar» sus doce escogidos están llenos de tristeza. Jesus toma un pan, eleva sus ojos al cielo en accion de gracias, y, vueltos al pan, le bendice, y, presentándole á sus doce, les dice: «tomad y comed, este es mi cuerpo,» y luego hace lo mismo con el cáliz que contiene el vino; «bebed de este todos, esta es mi sangre del nue-

vo testamento que será derramada por vosotros.»

Nótese la feliz conexion de este magnífico presente, de este amoroso prodigio, con lo que ha de seguirse: la muerte del Verbo, víctima para satisfacer por la salud de los hombres, «*qui propter nos homines et propter nostram salutem descendit de cœlis.*» El que dijo «*fiat lux,*» dice ahora «este es mi cuerpo.» El que decía á Nicodémus, en una noche en que solos hablaban de la salud del hombre, conversacion favorita de Jesus, «tanto amó Dios al mundo, que le dió su Hijo Unigénito,» dice en su última noche: «tomad y comed, éste es mi cuerpo que será entregado por vosotros,» «bebed todos, esta es mi sangre que será derramada por vosotros para remision de los pecados.»

¡Qué armonía soberana en toda esta conducta de Dios hecho hombre! ¡qué razonable ha estado aquí el amor! Al fin, el que ama es la *eterna Sabiduría*, y el que idea las palabras y los sucesos es el *Amor infinito*.

Es tan grande la *naturalidad*, lo *razonable* de esta conducta del amor de Dios á los hombres, que por eso no nos sorprende encontrar en la *Naturaleza*, en la *naturaleza humana*, la figura incesante del *gran suceso*.

Y, no se diga que por prestar esa figura la *Naturaleza*, cualquiera pudo copiarla y que, así, Jesus la copió. La Naturaleza ahí estaba desde el principio; y ¿á quién le ocurrió nunca realizar esa figura? ¿á quién le ocurrió nunca fundar la religion en el *amor apasionado*, ni conducirse en el desempeño tan magníficamente?

Y, reflexiónese: no estaría lo más en haber inventado la Eucaristía, sino en la invencion de sus circunstancias tan divinamente patéticas. Rosseau ha dicho; «el inventor del Evangelio sería más grande que el héroe;» pues, si se hubiera puesto á hacer aplicacion de su principio á pasajes particulares de ese divino drama, y su incredulidad no le hubiese sofocado los afectos, ¡qué no hubiera dicho tambien de la Cena y de la Eucaristía!

Los límites que nos hemos trazado en nuestro plan, no nos permiten detenernos á contemplar el vasto campo del amor divino, y en otros lugares de este ensayo tendrémos ocasion de dar cabida á otras consideraciones á que se presta el admirable Sacramento.

CAPITULO VII.

Jesucristo, María, el Precursor, los ángeles y los santos.
El Sol, la Luna, Vénus, las estrellas, los planetas.
Personajes á que dá culto la Iglesia católica romana, figurados en la Naturaleza.

Habiéndonos ocupado en lo que llamarémos hechos dogmáticos, pasemos á los personajes.

Ciertas inteligencias, sobre todo las que funcionan en su primera juventud, guiadas por el presentimiento de eso que entendemos ser un principio de credibilidad, á saber, que los hechos y los personajes de la religion verdadera deben estar en armonía con la *Naturaleza*, con el mundo visible, criterio que aplicamos al asunto de toda nuestra obra, suelen echar de ménos esa armonía, y extrañan no encontrar en la *Naturaleza* más que al Dios de los Deistas. No en-

cuentran en ella ni al Dios trino y uno, ni la Encarnacion, ni la Eucaristía, ni á Cristo. No encuentran á María, de quien la religion que aprendieron en su infancia, les dice ser la primera de todo lo criado, lo más grande despues de Dios, lo más semejante á Dios y lo más perfecto de sus obras. Y en su sorpresa y en su lijereza, experimentan esos espíritus cierto rubor de confesarse resueltamente católicos romanos.

Esa conducta está al parecer inspirada por un argumento cuya mayor es nuestra tésis: "la Naturaleza debe hablarnos de la religion verdadera;" pero cuya menor formulan negativamente los razonadores á que aludimos: "es así que nada nos dice ni de los dogmas ni de los personajes del culto católico."

Mas esta celestial doctrina á la que damos fé, garantidos préviamente por la palabra del Verbo humanado y por la de su Iglesia, palabra acreditada con la elocuencia soberana de la profecía y del milagro; no podía ménos de responder á otras indagaciones confirmativas de la verdad de sus dogmas, ensayados, por decirlo así, á otra luz y bajo otra atmósfera.

Ya hemos visto, pues, que en la *Naturaleza* más bien encontramos al Dios de los católicos romanos que al de los Deistas, y que esa grande

obra de lo visible nos habla con sentidas voces y elocuentes hechos, del *hecho* de la Encarnacion y de la Eucaristía con sus más relevantes circunstancias y caractéres.

Así tambien sucede con los grandes personajes objeto de nuestro culto.

Aquí la Naturaleza y los Libros Santos se muestran con frecuencia en admirable acuerdo. Aquí los himnos del Rey profeta y el espectáculo del Universo, concurren en solemnes y repetidas ocasiones al armónico desempeño del divino drama; y en solo el Salmo XVIII verémos llevar con tan admirable consecuencia el sentido alegórico y el sentido natural, que no podría describirse mejor el espectáculo visible de los cielos á la vez que narrarse mejor el triunfo del Cristo, de la ley de gracia y del Evangelio. El doble sentido de una misma palabra se ve en esa oda adunarse en una hermosa unidad de asunto, bien así como la obra visible y la sobrenatural de Dios se adunan en la armonía de varios designios, subordinados á la unidad de un pensamiento supremo: "*Los Cielos publican la gloria de Dios*;" los Apóstoles, la gloria de Dios en la creacion moral.

"*Un dia dá al otro nuevos motivos de celebrarla.*" Los Apóstoles, esos luminares, esos nuevos

cielos, al publicar el Evangelio, ven sucederse de un día para otro nuevos triunfos de la divina palabra.

No hay lenguaje ni idioma en los cuales no sean entendidas estas sus voces (del Firmamento). ¿No sucedió así á los Apóstoles, que hablaron todas las lenguas?

Su sonido se ha propagado por toda la tierra y hasta el cabo del mundo se han oido sus palabras.» ¿Hubiera creido David que con estas palabras describía más bien que el lenguaje del Firmamento, el hecho tan notorio hoy de la predicacion de los Apostóles hasta los confines más remotos? Otra cosa notable: hasta los Rabinos dan á la palabra «cielos» una significacion alegórica; por ella entienden «príncipes.» San Pablo refirió este verso á la predicacion de los Apóstoles.

Puso Dios en el Sol su tabernáculo, y á manera de un esposo que sale de su tálamo,—salta como un gigante á correr su carrera: sale de una extremidad del cielo y corre hasta la otra extremidad del mismo; ni hay quien pueda esconderse de su calor.» Hé aquí, en el Sol, á Jesucristo, el verdadero Tabernáculo, el templo más hermoso que el de Salomon; el verdadero Sol, luz del mundo espiritual, que sale del verdadero cielo, del seno de su Padre, se hace hombre, y ya en su nacimiento, en su oriente, en su amanecer, aunque niño, es glorificado como Dios; las voces angélicas, las verdaderas aves, le cantan en su hermosa mañana, y habiendo andado su carrera, volvió al cielo; y, entre tanto alumbró, ¿quién pudo esconderse á su calor? ¿á quién no dió vida su palabra? ¿á quién no penetró los pensamientos, á quién no alumbró con claridad, á quién no calentó con la caridad de su ley?

Es sorprendente encontrar abandonado de súbito en las palabras que siguen, el estilo alegórico, de tal manera que si por el calor de ese Sol no se ha de entender la ley de Jesucristo y en consecuencia por el Sol á Jesucristo, serían incoherentes del todo dichas palabras, cosa que no cabe en la perfeccion retórica que se admira en todos los Salmos; á saber: «La ley del Señor es inmaculada y ella convierte á sí las almas....; los mandamientos del Señor....*alegran* los corazones; el *luminoso* precepto del Señor *alumbra los ojos.*

En armonía, pues, la Naturaleza con los Libros Santos, nos habla elocuentemente de Jesucristo, y el Sol es de su Magestad una hermosa figura.

Ese gran luminar todo lo alumbra, todo lo vi-

vifica, todo la atrae á sí, semejante al que se llamó luz del mundo en su Evangelio.

Al brillar el Sol, se eclipsan todas las estrellas y los demas astros. La luz y la gloria de Jesucristo eclipsa la de todos los ángeles y bienaventurados.

A la aparicion del Sol precede la oscuridad de la noche, que hace desear la luz del astro de vida. Al nacimiento de Jesucristo precedieron las tinieblas de la ignorancia, que hicieron desear la venida del *Deseado de las naciones.*

El calor y la luz de ese astro hacen nacer toda suerte de flores en las campiñas. La fé y la caridad de Jesucristo han hecho nacer las flores de todas las virtudes en la heredad de la Iglesia.

Y véase cómo la alegoría se hace extensiva no solo al Verbo, luz del mundo, sino á otros personajes del Evangelio y de la Iglesia.

Poco ántes de la hora del alba, se levanta en el horizonte el astro que de antiguo es llamado "el lucero de la mañana," precursor del Sol. ¿No es él una figura demasiado expresiva de Juan el Precursor de Cristo? *Non erat ille lux, sed ut testimonium perhiberet de lumine.* "No era él la luz, sino que debía dar testimonio de ella," dice el Evangelio hablando del Precursor. Tanta fué la luz de Cristo, que del Bautista pudo decirse no ser luz, como puede un guía decirlo al viajero que contempla la estrella de la mañana y que toma esa débil antorcha por el gran luminar que á poco debe aparecer.

¿A qué otro fundador de religiones le ocurrió darse un precursor? Y, recíprocamente, ¿no sorprende encontrar en el Firmamento una alegoría, tambien figurativa de Juan el Bautista?

Y, en la Luna, ¿quién no vé la figura de la Madre de Dios?

¿Quién más semejante á Dios que María? ¿Qué astro más semejante al Sol que la Luna?

Ausente el Sol, eclipsa la Luna á todos los astros. Despues de Dios, todo es pequeño delante de María.

El Sol es único y es grandioso su tamaño. Es la Luna, y en su aparente tamaño, semejante al Sol. Rey del día es el Sol, reina de la noche la Luna; la Luna no tiene luz propia, toda la recibe y del Sol nos la refleja. Hay un solo Señor Jesucristo y es tan grande como ser Dios; la *paloma*, la *perfecta*, la sola inmaculada es María. Rey es Jesucristo, reina es su Madre, y en la noche de este siglo ella hará las veces de Jesucristo. Pero si María es grande, si es inmaculada, si hace con nosotros las veces de Jesucristo, todo lo

es por los méritos de Jesucristo; la luz de su santidad y de su poder en favor nuestro, es refleja y la recibe de Jesucristo.

A proporcion que la Luna se acerca al Sol, pierde su luz y mengua á nuestros ojos. La *Esclava del Señor* se reconoce humilde delante de quien la engrandece.

La Luna nueva, símbolo de esperanza, aparece en la tarde despues de muchas noches tenebrosas; así tambien volvió por la tarde la *paloma* con plácido anuncio. ¿Quién, si no María, la cándida paloma de "los Cantares," naciendo al comenzar la noche de los siglos, debió despertar la esperanza de los mortales?

"¿Quién es ésta que se levanta, bella como la Luna?" dijo á su amada el esposo de "los Cantares;" y nosotros qué delicia experimentamos saludando á María la incomparable con tan dulces conceptos, cuando al llegar la noche de Luna llena, vemos ésta alzarse á través de las montañas, radiosa, magnífica y apacible.

No hay duda; en el astro de la noche puso Dios muy grandes designios, dulces misterios de amor y consuelo. ¡Que nos expliquen algo de esos designios, los incrédulos, que no ven en ellos á la mujer y con plena razon á María, la bendita entre las mujeres, la reina de los cielos, la casta madre del Verbo hecho hombre.

En esos millares de mundos, que sobre la region lunar y solar se alejan tanto de nosotros, que ni sus nombres ni su tamaño podemos saber, ¿quién no vé la figura de los millones de ángeles que pueblan el santuario de Dios?

¿Nada significaría ese ejército asombroso de astros lejanos? ¡Cuántos misterios de religion no deben contenerse en ese espéctaculo que ofrece la estrellada bóveda! ¡Qué sabrían los Patriarcas de esa ciencia que hoy ignoramos; qué se sabrá tal vez algun día; qué sabrémos el día en que Dios se nos descubra!

¿Qué designios se figurará con esa clase de astros que llamamos planetas y cometas? Ellos giran en la esfera solar, bajo las estrellas; quizá representen á los bienaventurados de estirpe humana.

Quizá tambien, de entre la multitud de estrellas y planetas, sea figura cada astro de cada uno de los escogidos, y el firmamento sea un libro en que conste el número de los predestinados y el nombre de cada uno. El firmamento tiene por cierto tambien algo de terrible; no sería extraño que bajo ese aspecto figurase el profundo misterio de la presciencia divina.

Ménos explícitos, al parecer, los Libros Santos, en la solucion de estos otros problemas, no carecen de hermosos datos, presentando, por ejemplo, las estrellas como símbolo de los bienaventurados, y figurando la caída de los precitos en esos lejanos soles que desaparecen del firmamento para no ser ya vistos jamás.

Son de notarse tambien en el firmamento esas tres estrellas de Orion, que el vulgo apellida «tres reyes» y que demarcan casi matemáticamente el zénit, el semum, de los cielos. Pudiéramos ver figurada en ellas á la excelsa Trinidad; esas estrellas son notablemente iguales y equidistantes.

Esa «Cruz del Sur» es demasiado visible y oportunamente colocada en los cielos, para que no viéramos en ella un designio intencional del Dios de los cristianos en dejarse ver áun en sus obras naturales.

Deus ab Austro veniet. «Del Mediodía será la venida de Dios,» dijo Habacuc del Cristo por venir. Es armonioso el encontrar, nada ménos que al Sur, el santo signo de la Redencion.

Pudiéramos notar además como muy simbólicas las «cabrillas,» y la estrella del Norte.

Convencidos de que el Sol es una figura de Jesucristo, es tambien de observarse la relacion

que los *doce* signos del Zodiaco, que el Sol recorre, tengan quizá con los doce Apóstoles que han de juzgar á las doce tribus de Israel, con esas *doce* legiones de á *doce mil* escogidos que vió San Juan en el Apocalípsis.

Esa armonía entre las doce tribus del Testamento antiguo y las doce del nuevo de que son patriarcas los Apóstoles, con esos doce signos de la esfera visible, no puede ménos de reconocerse.

No sabríamos, empero, hasta qué punto llevar los pormenores, temerosos de incurrir en el exceso de la interpretacion alegórica, faltando así á nuestro propósito. Pero notése bien cuán dispuesta, y como *á priori*, se encuentra lá obra visible á entrar en armonía con el mundo sobrenatural, tal como nos lo propone la religion católica romana.

Desconocer este hecho, sería resistirse á la fuerza de la verdad; atribuirlo á una feliz coincidencia sería tanto como acusar á esa supuesta *ley sin legislador*, de una *inteligente parcialidad* en favor de solo la religion de Cristo tal como la enseña Roma; y la casualidad, siendo *nada* no puede sujetarse á leyes, ni tener inteligencia, ni ménos *inteligencias*.

Que se haga el ensayo con las teorías dogmá-

ticas, con los personajes de las otras religiones.

¿Qué simbolizaría la Luna en la teoría protestante, una vez que el Sol es la imágen de Cristo, si no había de simbolizar á María? Si aceptan el principio de que en el mundo físico está representado el sobrenatural, no podrían resolver el anterior problema. Si no lo aceptan, y están por ver solo casualidades en esas armonías, tambien los invitamos á que exploten esa facilidad y, usando de ella, apliquen á algun personaje lo que de la Luna, *reina* del Firmamento, supimos aplicar nosotros á María, reina de los ángeles y de los hombres.

Eso, por lo que ve á los que aceptan algo de la Iglesia del Cristo; por lo que hace á los otros disidentes, los judíos, los mahometanos y, sobre todo, los Deistas, tendrán que sostener la desesperada tésis de que el Universo visible nada tiene que ver con el mundo sobrenatural.

SECCION II.